

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. A las señoras Suscriptoras, por don Pedro de Vera.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—La verdadera belleza [conclusion], por don Felipe Guzman.

A LAS SEÑORAS SUSCRITORAS.



Al terminar con este número el segundo tomo de nuestra publicación, en su 2.^a época, nada tendríamos que decir á nuestras benévolas lectoras, si la costumbre establecida no nos impusiese este deber de cortesía.

Conocidas son de las suscriptoras que nos favorecen con su consecuencia nuestros constantes cuidados para que la EDUCANDA sea un periódico especial de Señoritas, que las prepare convenientemente á su entrada en el mundo, adornando su entendimiento con los conocimientos necesarios para no hacer un mal papel en la sociedad, hoy que la ignorancia no tiene disculpa.

Este laudable y noble propósito, que hemos procurado realizar hasta aquí, nos guiará en adelante. LA EDUCANDA, dedicada esencialmente á la educación religiosa, moral é instructiva de las Señoritas, será cada día un repertorio mas completo, ilustrado con grabados que faciliten su inteligencia, de las nociones mas necesarias á la mujer, cuya redacción tendrá una índole científica acomodada al alcance de las niñas, evitando los asuntos frívolos y quizá peligrosos para su tierna edad, que contienen hoy casi todas las publicaciones que se dicen consagradas al bello sexo.

Es dudoso para algunos si conviene ó no que la mujer sea instruida, ó si debe limitarse su educación á que sea hacendosa. Nosotros creemos que puede y debe ser las dos cosas á la vez. Por eso hemos dado tanta importancia á sus *Labores*, cuyos artículos detalladamente esplicados por una señorita competente, al mismo tiempo que de enseñanza á las ni-

2.^a ÉPOCA.

ñas sirven de poderoso auxiliar en sus lecciones á las señoras maestras.

La EDUCANDA es y ha sido desde su fundación el periódico especial de las maestras; así lo han conocido las mismas, y que ninguna otra publicación que no tenga este objeto exclusivo puede llenar tan satisfactoriamente su objeto.

Y aquí debemos hacer una advertencia importante. Las señoras maestras están en posesión de que se les abone el importe de la suscripción á la EDUCANDA, como á cualquier otro periódico de su índole, en las cuentas del material de sus escuelas; y esto subsistirá mientras una *Real orden* no lo prohíba para todas las publicaciones, aún para las que estén recomendadas oficialmente. Considerando que podría llegar este caso, la empresa de la EDUCANDA ha fijado un precio tan módico que aun, pagándolo de su bolsillo, no pueden lastimarse los intereses de sus suscriptoras.

Instruir deleitando es el lema de nuestra publicación, y mejorarla progresivamente, nuestro mas constante anhelo. Tal será nuestra marcha en 1865, dando algun mas ensanche á la sección de Modas, ya que contamos con tantos elementos para ello. Sus Modas serán sin embargo sencillas, como conviene á una Señorita; útiles y económicas como las necesita una madre de familia; variadas y detalladas para que pueda enseñarlas fácil y provechosamente una maestra de primera educación, para la que el corte de vestidos es hoy de primera necesidad.

Podemos decir sin vanidad que nuestra Empresa, que es la misma que la de EL CORREO DE LA MODA, es la que ha iniciado en España los artículos de *Labores* y del *Arte de corte de vestidos*, y que hoy por hoy no hay ninguna que le aventaje en estas materias.

Rogamos á las señoras cuya suscripción termina con este número no demoren el aviso de su renovación, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los sucesivos.

PEDRO DE VERA.

CARTAS FAMILIARES.

XXXII.

De Enriqueta á la Abuela.

Recordareis que en el segundo cuerpo de mi jardinería hay una maceta de variadas flores. Las flores, hijos míos, son la creación más bella que ha salido de manos del Creador, son el emblema con que los hombres de todos los siglos han simbolizado los puros afectos de su alma, y hasta los mismos misterios de la divinidad; son por último las flores, casi seres animados, porque viven, sienten y aman!...

Cada país, cada pueblo tiene su árbol, su planta favorita, á la cual rodea de un ferviente culto, y desde los tiempos más remotos el lenguaje de las flores ha sido el lenguaje de todos los seres amantes y sensibles.

En las graciosas fábulas de la Mitología, las flores ocupan un lugar privilegiado: esas graciosas fábulas que ahora tal vez se acogen con desden y con la sonrisa en los labios, son bellísimas alegorías con que los poéticos hijos de la Grecia cubrían verdades demasiado frías y positivas para sus imaginaciones exaltadas.

En la mitología todos los objetos toman forma y vida, todos los objetos se convierten en mitos deliciosos, llenos de belleza y gracia.

Los bosques tienen sus Triadas misteriosas, las praderas sus benéficas Napeas, y hasta los agrestes montes sus protectoras Orades, que entablan dulces coloquios con los Faunos, Sátiros y Silvanos.

Había árboles privilegiados, cuya existencia estaba identificada con la de una tierna ninfa, que moría cuando el leñador cruel cortaba una de sus ramas.

Era también una ninfa desventurada el eco que suspira entre las rocas, y lágrimas de amantes sin ventura las claras fuentejillas que serpean entre los prados.

En aquella patria del amor y de la poesía, el aura suave y apacible, el insecto de alas de oro, las perlas del rocío, y hasta las duras piedras, que obedientes á la lira de Amfion corren á sobreponerse las unas sobre las otras, para formar los muros de Tebas, todo estaba dotado de vida, todo siente y ama!...

Y así, ¡qué misterioso encanto tendrían para los que saludaban el sol bajo aquel sereno cielo, las voces melancólicas de la tarde, que se estinguen una á una, los rumores confusos de la plácida alborada?

Para ellos serían otros tantos ayes, suspiros, murmullos de amor que se perdían en el espacio; de-

licioso concierto que haría vibrar todas las fibras de sus almas sensibles y apasionadas!

Pues bien, si su poética imaginación alcanzaba á revestir de tan graciosas formas los más viles objetos, cuántos encantos no sabría prestar á las flores, tan bellas en sí mismas?

No había divinidad que no tuviese la suya predilecta, y eran rosas las que brotaban bajo los pies de Vénus; rosas las que esparcía en torno la Primavera, esposa del blando Céfito.

El orgulloso Narciso, enamorado de sí mismo, se convierte en flor bella, pero inodora; Dáfne, la amante desdeñosa de Apolo, en lauro, casi queriendo significar cuán difícil les es alcanzarlo á los que pulsán la lira; y un florido ramo de olivo es el atributo de Minerva, Diosa de la ciencia.

Pero todas aquellas Divinidades voluptuosas cayeron de su pedestal al soplo vivificador del Cristianismo; todas aquellas poéticas creencias cedieron su lugar á las severas creencias de los discípulos de Jesucristo!

¿Qué se hicieron entonces las flores? ¿Frágiles y leves, se vieron también arrastradas por las puras aguas de la civilización moderna?

¡Ah, no: las flores lo mismo simbolizan la risa que las lágrimas; lo mismo representan imágenes graciosas que imágenes sublimes!

Las flores fueron las únicas que conservaron su magia, su prestigio.

La rosa, consagrada á Vénus, y nacida de la sangre de Adonis, pasó á ser el emblema de la Virgen sacrosanta.

La rosa es también el emblema de los mártires.

Una santa virgen de Belén, injustamente perseguida, se vió condenada á perecer entre las llamas. En medio de su suplicio horrendo, imploró el auxilio del Dios de los inocentes, y el fuego se apagó, y las brasas que ardían se transformaron en rosas encarnadas, y las que no habían ardido todavía en bellas rosas blancas.

¡Aquellos fueron los primeros rosales que se ofrecieron á los ojos de los hombres, según dice la mística leyenda.

También fué una bandeja llena de rosas la que santa Dorotea envió al notario Teófilo, cogidas en los jardines del Paraíso.

Simbolizan igualmente las plegarias: cuenta otra deliciosa leyenda, que un pobre y tosco labriego llevaba encima grandes tesoros, que debía entregar á su amo. Aunque iba muy de prisa, llegó la noche, y le sorprendió en la mitad de un bosque espeso y tenebroso, en donde le aguardaban los ladrones.

Una inspiración divina le recordó que no había recitado aquel día la salutación angélica, y como se arrodillase con fervor para decirla, se apareció la Virgen, que á cada Ave-María que pronunciaba el

buen hombre fué poniendo sobre su frente una bellísima rosa. Las rosas llegaron á formar una guirnalda, y aquella guirnalda despedía fulgores tan brillantes, que todo el bosque se iluminó, y los ladrones huyeron despavoridos.

Pero la mayor importancia de la rosa consiste en simbolizar á la Madre del Salvador divino.

Por eso Santo Domingo instituyó la práctica religiosa del Rosario, que es una alusion á la vida inmaculada de María.

Y ¿qué dirémos del lirio, esa hermosa flor que tan bien simboliza su pureza?

ANGELA GRASSI.



LA VERDADERA BELLEZA.

(CONCLUSION.)

XIX.

Teresa se quedó fatigada, pero descansada como quien sacude una gran pena, y al mismo tiempo no dejaba de pensar en aquella última palabra, yo lo arreglaré todo.

Doña Elena estaba preocupada, no habia pensado en aquella gran dificultad: apuró su pensamiento para zanjarla, y sin duda á resultas de alguna idea luminosa como la primera, estuvo hablando aquella noche confidencialmente con el padre y el hijo juntos, y con cada uno en particular.

Por la mañana estaba ya en casa de Teresa.

Esta la recibió mas pálida y hasta mas tímida que antes.

¡La habia revelado un secreto! ¡Y además preveía en aquella entrevista una resolucion de la que acaso dependia su felicidad.

Como siempre doña Elena interrumpió el silencio:

—Ya me tienes aquí de nuevo, hija mia, á ver si ahora crées buena la noticia. Puedes ir cuando quieras á mi casa.

Todavía dudaba Teresa.

—¿Está ya arreglado? dijo con recelo.

—Sí, á Fidel lo manda su padre fuera con un tío suyo, y cuando vuelva regularmente vendrá ya casado.

Verdaderamente Teresa acogió con rostro tranquilo aquella respuesta, pero si se la hubiese podido ver el corazon, tal vez se le hubiese hallado lleno de amargura.

Fué presentada á D. José por doña Elena, quien la recibió con tanta cordialidad como su esposa.

Y Teresa no manifestaba tanta alegría como era de esperar; es verdad que tambien se podia atribuir á su reciente dolor.

Doña Elena y D. José, que como señores mayo-

res, conocian bastante el corazon humano, no dejaron de sospechar algun misterio en el silencio de Teresa.

No era un abatimiento desesperado, profundo, de un dolor violento, era mas bien la manifestacion del dolor en calma, oculto, silencioso, distraido, que absorbe todas las facultades del alma y retrae de los objetos exteriores.

Habia pasado un mes, Fidel faltaba de casa, y Teresa persistia en su silencio.

Una tarde la dijo doña Elena.

—Teresa, estás triste? No te hallas bien?

—Sí, estoy muy bien. ¿Qué puedo desear, tengo padres y no los tenia! Estaba sola, y estoy con una familia tan buena! Era infeliz, y ahora soy feliz! Y al decir esto trataba de sonreír.

—Ah! con qué eres feliz?

—Sí, señora.

—De todo corazon?

Teresa retardaba las palabras.

—De todo corazon.

Doña Elena varió la conversacion.

—Ah! Teresa, sabes quién viene esta tarde, Fidel?

Teresa se estremeció á esta palabra grabada en su corazon, y que no habia oido en tanto tiempo.

Y doña Elena continuó.

—Eres feliz?

—Sí, señora.

—Por qué te estremeces?

Teresa se sonrojó.

—Tambien te pones colorada. Será el calor.—No te he dicho que viene casado.

Teresa se puso pálida.

Y doña Elena, siempre sonriendo, continuó.

—Ahora palideces. Será el frio.

Teresa no podia ya continuar sufriendo aquel interrogatorio. Bajó la cabeza.

Oyó pasos á su lado.

Involuntariamente levantó los ojos.

Un grito agudo, escapado del corazon, con un estremecimiento de todo el cuerpo, fué el efecto que produjo en ella aquel personaje.

Era Fidel.

Fidel, á quien amaba con delirio en lo íntimo de su corazon, cuyo amor era ya su vida, y lo ocultaba; Fidel bueno, Fidel simpático, Fidel que la habia consolado, que la habia amado, cuyo recuerdo veía en todos los objetos, en todas las habitaciones, Fidel cuya imágen tenia grabada en su corazon, y á quien deseaba ver algun dia, y Fidel venia ya casado!!

Tembló como una azogada, sus ojos se cerraron, apoyóse en doña Elena.

Y Fidel, no menos pálido, la contemplaba mudo, levantado, esperando la contestacion á su saludo.

D. José habia ido tambien á contemplar aquella escena.

Doña Elan  no quiso prolongar aquel martirio.

Cogió   Teresa en los brazos, la ayudó   levantar-se, mir    su hijo y   su esposo, y éste cogiendo las manos de ambos jóvenes, les dijo con voz solemne.

—El Señor bendiga vuestra union en el cielo, como yo la bendigo en la tierra.

Y doña Elena les hizo saber que todo estaba arreglado para que al día siguiente fueran al altar.

Dejamos   juicio de nuestras lectoras el efecto que en Teresa producirían estas palabras; no nos atrevemos   describirlo, necesitábamos una pluma mas delicada para decir todo lo que sintió aquel corazón de Dios, del mundo, de sus padres y de sus bienhechores.

En cuanto   Fidel diremos que este desenlace había sido tan imprevisto para él como para Teresa.

XX.

No tenemos que decir que el casamiento anterior de Fidel había sido una ficcion para conocer mejor el corazón de Teresa.

En cuanto al viaje, era verdad, que le habían alejado durante un mes para arreglarlo todo.

Doña Elena y D. José habían pensado siempre en casar su hijo con algunas mas ventajas en intereses; es verdad, que así correspondía   Fidel por su clase.

Sin embargo, las reflexiones de doña Elena pudieron convencerla, y mas tarde convencieron   su marido de que no son el mejor dote las riquezas ni la hermosura, ni la posición ni la nobleza de la sangre, porque ellos llevaban veinte años de matrimonio, y sabían por experiencia que si eran felices, si conservaban la paz del hogar, si se habían unido tan bien para caminar de consuno y conservar sus intereses y aumentarlos, no había sido por sus riquezas, ni por su cuna, ni por los favores que les hiciera naturaleza; en veinte años hubiera podido caducar todo eso. Lo que les hacía felices, el capital que no se había alterado en ese tiempo, habían sido las prendas del corazón, las virtudes de doña Elena y la honradez de D. José, y convinieron ambos en que habiendo hallado una jóven tan buena como Teresa, de virtudes tan inagotables y tan acostumbrada   la desgracia, y por otra parte siendo su hijo rico, como era, y enamorado de Teresa, para nada debían querer en la novia riquezas; y como consecuencia habían proyectado aquel matrimonio, que tenía todas las condiciones para ser feliz.

Y además llenaban su deseo de tener una hija buena, hacendosa, deseo que había sido de toda su vida, y que acaso no hubieran podido conseguir mas cumplida ni mas generosamente.

Fidel y Teresa les agradecieron esa generosidad. Jamás hubo matrimonio mas feliz.

  Y lo son tan pocos en el mundo!

Aquellos dos coraz nes se identificaron, se con-

fundieron en uno solo con un solo sentimiento, con una sola voluntad.

Uniformes en sus gustos, en su condescendencia, en su honradez, en la tolerancia con que se disimulaban sus pequeños defectos, fueron modelo de esposos y padres, y envidia y admiración de cuantos alcanzaron   conocerlos.

XXI.

Jóvenes lectoras, lo ofrecido es deuda.

Creo que he cumplido lo ofrecido.

Apuesto   que alguna (  qu en sabe si alguno?) al leer lo que precede habría dicho para sí:

— a qué viene hablar   las feasy de las feas, si no hay una que se crea que lo es.

—Poco   poco señora mia,   señor mio, y vamos despacio. Una cosa es que se lo crea y otra cosa es que lo confiese.

Hay en nosotros faltas   defectos que nos los conocemos en nuestro interior, pero que no nos atrevemos   declararlos.

De que no os haya dicho terminantemente una mujer *yo soy fea*, habeis de deducir que no hay quien se lo conoce?

Si un jóven la dice que es hermosa, ha de quitar aquella ilusión   aquel que lo cr e   finje creerlo?

Por mucho amor propio que tenga la mujer, por mucha presunción, por mucha ceguera, hay tantos espejos, tantos bailes, tantos paseos, y en ellos tanto imprudente que les echan en cara su propia cara?

Porque es bien vulgar, por desgracia, el juzgar   la mujer por su exterior, cual si fuese un mueble, una figura de sobremesa   una est tua!

Y bien, volviendo al asunto, aun cuando convengamos en que no hay mujer que se crea absolutamente fea, pues creemos que no la hay que no tenga alguna gracia, habría alguna que se crea algo,   que se crea menos hermosa, y de todos modos, aun dado el caso que no haya mas que hermosas, no hemos perdido el tiempo.

S , hermosas: también á vosotras os llegarán días de dolor, porque la desgracia no perdona   la hermosura, y se pasar  la edad de vuestros encantos; tal vez os vereis ligadas por nuevos íntimos lazos de familia y aprendereis de cuán poco sirve el fausto exterior en la mayor parte de las ocasiones de la vida, y vereis que os quieren por vuestro corazón, que la belleza la teneis en el alma, que esta la podreis conservar para siempre, y que los goces mas satisfactorios, mas puros, mas profundos, mas verdaderos de la vida, no residen en la materia; residen en el sentimiento, en la conciencia, en la virtud, en el corazón, en el alma.

FELIPE GUZMAN.

Editor responsable: D. LEON MORAN.